

 Archicofradía Sacramental del S <sup>mo</sup> . Cristo de la Redención y Ntra. Señora de los Dolores	
SALIDA	Nº: Fecha:
ENTRADA	Nº: 99 Fecha: 7/11/2016

# XXXIII PREGÓN DE LA PURA Y LIMPIA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN

Muy Antigua, Venerable y Pontificia Archicofradía  
Sacramental de Nazarenos del Santísimo Cristo de la  
Redención y Nuestra Señora de los Dolores

**Iglesia de San Juan**

Málaga

Viernes, 5 de diciembre de 2014

Ignacio A. Castillo Ruiz



*A Paz, todo lo que tengo, todo lo que soy,  
a la que ya transmito este mismo amor y devoción  
que siento por la Santísima Virgen.*

**I**ban dos españoles, cuatro escoceses y un ruso en un autobús... Tranquilos, no es un chiste. No se me ocurriría alterar de esta forma el estricto carácter de nuestra archicofradía, trastornar así este acto tan solemne ni soliviantar la quietud sagrada de este templo que hoy nos acoge. Lo que les quiero contar es verídico. Pasó de verdad. Y nos pasó a Lourdes, mi mujer, y a mí. Nosotros éramos esos dos españoles que viajaban en el autobús. Atravesábamos una vieja carretera que seguramente en España no alcanzaría el nivel de terciaria. Salimos del puerto de Kusadasi prácticamente a la aventura, pero sabiendo bien a dónde queríamos llegar. El problema era acertar con el cómo. Porque en aquel viaje de recién casados, un crucero por el Mediterráneo que algún día tendremos que repetir, no habíamos contratado ninguna excursión de forma anticipada en aquel destino. No sé a ustedes, pero a mí eso de programar al milímetro los viajes... Como que no. Si preguntando se va a Roma, por lógica, también se tenía que llegar a Éfeso. Y yo, no se crean, pese a ser un hombre, pregunto. Más bien diría incluso que soy preguntón, por aquello de la deformación profesional. El problema era el idioma, pero no hay nada mejor que un turco hablando en inglés malamente para que un español que habla inglés malamente lo entienda.

Y como había empezado esta intervención y les recuerdo, allí íbamos dos españoles, cuatro escoceses y un ruso en un autobús hacia las ruinas de lo que había sido una de las más florecientes ciudades de Asia Menor, importante centro cultural, religioso y comercial de la época, y luego hasta la conocida como Casa de la Virgen. Imaginen qué emoción. Íbamos a la casa de la Virgen María, en Éfeso, donde según la tradición, huyó de la persecución cristiana iniciada en Jerusalén junto a San Juan Evangelista. Allí murió y fue elevada en cuerpo y alma por un coro de querubines al Reino que no es de este mundo, y exaltada por Dios como Reina del Universo para que se asemejara aún más a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte.

En Éfeso he querido iniciar este pregón de la Pura y Limpia Concepción de Nuestra Señora.

## SALUTACIÓN Y BIEVENIDA

**R**everendos sacerdotes, hermano mayor, miembros de la junta de gobierno y del consejo, mis hermanos silentes de los Dolores de San Juan, cofrades, amigos:

Querido Aurelio. Gracias. Quiero hacer extensivo este agradecimiento a toda la junta de gobierno de este venerable instituto sacramental de nazarenos. Gracias por permitirme presentarme ante vosotros para hablar de la Virgen, por darme la oportunidad de conocerla mejor y, con ello, aumentar mi amor y devoción hacia María de Nazaret. En su día me puse en sus manos y lo que aquí está escrito y cómo os lo voy a transmitir depende mucho de cómo me ha sabido guiar y lo seguirá haciendo desde que acepté vuestro ofrecimiento.

Gracias, por supuesto también, a Pedro Merino, esta vez por su presentación, pero también por muchas cosas más. Por ser referencia y avanzadilla, por tu criterio, que es compartido, por tu buen y entusiasta hacer, al que aspiro llegar alguna vez. Por comprender y hacer ver que la misión del cofrade en este siglo XXI va mucho más allá del culto y ha de centrarse en la ayuda a quienes más lo necesitan. Por involucrarme en proyectos tan altos como la carta a los Reyes Magos de los niños de San Juan y de las Hermanitas de la Cruz. Y hoy también por cederme la palabra en este momento y dejarme ante vosotros solamente como un cofrade que quiere ser honesto y no renunciar a sus principios. Un cristiano que quiere mucho a su Madre Purísima. Repito las gracias, querido Pedro, en estas circunstancias, por tu generosidad. Porque en estos casos, y aunque se escriban este tipo de agradecimientos con antelación, un pregonero nunca sabe qué va a decir de él su presentador. Sin embargo, ya sospechaba que no te ibas a limitar a decir palabras por simple cortesía y educación. Y también asumí que alguien a quien considero mi maestro me iba a dejar muy alto el listón de la oratoria y el sentimiento. Ha sido el caso. ¿Qué puede decir ahora alguien que se considera tu alumno en su vocación por el periodismo y las cofradías? Un fuerte abrazo Pedro. Sabes que el cariño es mutuo.

Sin duda se me plantea un reto. A pesar de que creo que soy mariano congénito y que por mis venas corre sangre de color malva, de eso estoy seguro, la responsabilidad que asumo es mayúscula. ¿Mi cometido? Hablar de una figura tan sencilla, pero compleja a la vez y aún por descubrir pese a las muchas encíclicas, cartas o exhortaciones que a lo largo de la historia han sido escritas por quienes más y mejor la conocían.

La grandeza de María puede estar también en eso. En que precisamente las gentes más humildes, injustamente menospreciadas la mayoría de las veces, han sabido desde siempre rendir especial veneración a la Virgen, y han comprendido y defendido dogmas antes incluso de que lo hicieran los doctores de la Iglesia. Estoy aquí para hablar de la Madre de Cristo y su preelección divina para convertirse en su primer sagrario, Sede de Sabiduría, revistiéndose así de naturaleza humana en su seno... A través de Ella, Dios entró en los límites de la condición humana, tomó cuerpo y encontramos el infinito en lo finito.

He querido empezar consecuentemente por el final. En Éfeso, en aquella modesta casa donde la Virgen culminó su misión terrenal. Porque si la Concepción Inmaculada es el alfa que nos presenta a María como primicia del género humano, su Asunción Gloriosa en cuerpo y alma es el omega, que inaugura, a su vez, un maravilloso principio eterno e interminable.

Entramos en lo que hoy es una pequeña capilla guardada por una religiosa que no era demasiado mayor. Y no pude reprimir las lágrimas. Nuestro compañero ruso, el que venía en el autobús, de inmediato, se arrodilló como empujado por una poderosísima fuerza y empezó a besar el suelo perfectamente consciente de lo que aquel gesto significaba y el sagrado testimonio que en aquellas cuatro paredes se alojaba. Y yo seguía llorando sin saber muy bien el por qué, o todo lo contrario, teniendo la certeza de que la emoción que me embargaba no era gratuita ni caprichosa. Allí había vivido la Virgen. La de verdad.

No una de sus representaciones escultóricas a las que tanto queremos y veneramos y a las que miramos con los ojos iluminados del corazón.

Vemos a la Virgen de los Dolores y la sentimos madre nuestra. Con todo el alma, porque no olvidamos, precisamente, que en realidad y pese a su regia y divina condición, la Virgen no era más que una pobre mujer de carne y hueso, la llave que abre la puerta para comprender lo que Ella es como signo de Dios. Es su rostro femenino. Es la escogida.

Entiendan entonces mi emoción. Visitamos muchas veces lugares santos. Organizamos viajes a Jerusalén y hacemos excursiones, que nos pueden llegar a renovar espiritualmente, a basílicas construidas donde se cree que se produjo la Natividad, o donde tuvo lugar la Oración en el Huerto de Getsemaní, o en la apertura del Santo Sepulcro... Lugares santificados por la tradición y la fe. Si nos estremecemos pensando que aquellos sitios sacros lo son, precisamente, porque en ellos pisaron los divinos pies del Redentor y corrió su sangre durante su Pasión y Muerte, en la que según los textos evangélicos, la Madre piadosa estuvo presente, por supuesto, “junto a la cruz y lloraba mientras el Hijo pendía”<sup>1</sup> para un mariano confeso, acceder a la casa de la Virgen, un lugar que es santo por su santa presencia, por sí misma, pone la carne de gallina. Con una diferencia añadida y reconciliante: que aquella pequeña casa en la costa egea de lo que hoy es Turquía se conserva al natural y no se ha visto aún enturbiada por el mercantilismo de la fe, como puede ocurrir en Tierra Santa.

Allí estuvo la Virgen, la morada última de la Madre de Cristo. San Juan nos dice en su Evangelio que el Señor, antes de morir, le confió a María (“He aquí a tu Madre”) y desde aquel momento la tomó consigo. Narran los Hechos de los Apóstoles que después de la muerte de Jesús, se desencadenó en Jerusalén una persecución contra los cristianos. San Esteban fue apedreado en el año 37 y Santiago decapitado en el 42. Al mismo tiempo, los discípulos se esparcieron por el mundo para predicar. San Juan llegó a Asia Menor y muy

probablemente, por motivo de ese hostigamiento en Jerusalén, llevó consigo a la Santísima Virgen.

Existen dos pruebas: la primera, la tumba del evangelista en Éfeso; y la segunda, la celebración del Concilio Ecuménico, precisamente en esta ciudad, en el año 431 en la primera iglesia del mundo dedicada a la Virgen, para definir en Ella el dogma de su Maternidad Divina. María es Madre de Cristo y Madre de la Iglesia. Los descendientes de los primeros cristianos de Éfeso, anualmente todavía llegan en peregrinación cada 15 de agosto para celebrar en la colina donde se encuentra casa de la Virgen la fiesta de su Dormición, habiendo recibido de sus antepasados la herencia de que María vivió y murió en este lugar. Y fue la Reina llevada al Cielo.

Y en esa casa se hacen milagros. ¡Vaya que si se hacen! Los deseos más profundos se convierten en una realidad con carita de ángel, que luego Ruiz Montes sabe modelar en barro. Y a esa casa tendremos que regresar para dar las gracias. Volveremos en familia.

En 1896 la Iglesia decretó oficialmente que esta morada era un monumento para los cristianos. Un santuario a la mujer concebida sin la mancha del pecado original que ha marcado a toda la humanidad desde que Adán desobedeciera a Dios en el Jardín del Edén. A la mujer que alteró el curso de la historia con su sí sin reservas. Al templo primero que alojó a Su Divina Majestad. A la que llaman bienaventurada todas las generaciones. Y a la que fue coronada en la Gloria por la Trinidad Santa en su Asunción tras su feliz partida de esta vida.

“Ella nos abre a la esperanza, a un futuro lleno de alegría y nos enseña el camino para alcanzarlo: acoger en la fe a su Hijo; no perder nunca la amistad con él, sino dejarnos iluminar y guiar por su Palabra; seguirlo cada día, incluso en los momentos en que sentimos que nuestras cruces resultan pesadas. María, el arca de la alianza que está en el santuario del cielo, nos indica con claridad

luminosa que estamos en camino hacia nuestra verdadera Casa, la comunión de alegría y de paz con Dios”<sup>2</sup>.

## MARÍA, TEMPLO DEL ESPÍRITU

**E**ra la hora del ángelus. María fue saludada por Gabriel como la llena de gracia, asegurándole que el Señor estaba con ella, porque iba a ser la Madre del Hijo del Altísimo. Yo me la imagino como a la Virgen de los Dolores, pero sin lágrimas. Prudentísima y amable. La Historia del Arte nos ayuda también a recrear ese momento de la Anunciación. Me encantan los suelos damero de las pinturas de Rafael o El Greco, y de las sedas de los paños de bocina de la Esperanza. El cortejo celestial que introduce Murillo en sus cuadros, como en la placa de orfebrería del estandarte de la dolorosa de San Pedro. O el haz de luz que simboliza la Encarnación, en la obra de Fra Angelico o en la gloria del palio de la Virgen de Gracia, desde el Espíritu Santo, directo a su vientre. En todas ellas, María se muestra dócil a la voz del mensajero. Es obediente. Es la Virgen venerada, pero a la vez poderosa, gracias a su respuesta afirmativa. Es sumisa, pero, por supuesto, es también sabia en su fe.

Es ahí donde se entiende la grandeza de su cometido. Por eso, sin cesar, la llamamos Reina en las letanías. Porque, precisamente, alcanza su regia condición cuando el mismo Dios, sin dejar de serlo, se revistió de la naturaleza humana en su seno y la transportó, desde el día del “*sí quiero*”, de la morada terrenal a los Cielos, como Reina del linaje humano.

A través de Ella y con Cristo, Dios dio a los hombres a su Hijo, que supera las intrínsecas posibilidades de lo humano. La virginidad de María significa, ante todo, la entrega plena y sin desfallecimiento al Señor. Fue la incomparablemente escogida, la “*bendita entre todas las mujeres*”.

---

<sup>2</sup> Homilía de Benedicto XVI (2010).

Y ese saludo del arcángel tuvo justa correlación en el gesto de Santa Isabel, su prima, durante la Visitación. Y todas las generaciones la llaman bienaventurada. *Magnificat anima mea Dominum*<sup>3</sup>.

En el mundo, sin duda, existen debates tan sumamente complejos que superan el ámbito estrictamente religioso. En ellos entran en juego la filosofía, la política, la moral, el derecho, la salud, la vida y la muerte. Pero hay personas que dicen creer, y, sin ánimo de juzgarlas, no sé exactamente dónde sitúan a Dios en sus vidas. ¿Qué lugar ocupa la Virgen? ¿O sólo les interesa la calidad de la mantilla que la cubre? ¿La riqueza de los bordados que la visten? ¿El preciosismo del metal que la corona? ¿O la exquisitez de la marcha que la acompaña? Porque luego, por algunas de sus actitudes y declaraciones, no tienen en cuenta su ejemplo. Ni el valor de sus enseñanzas.

No hay que ser temerosos de Dios, porque Dios es amor. Pero muchos parecen que han malinterpretado esta bondad divina para actuar sin límites y sin ser consecuentes con lo que en teoría creen, o eso aseguran. Claro que Dios es Amor. Pero lo que no es Dios es tonto. Ni ciego. Ni sordo.

Tras la Anunciación, la responsabilidad asumida por aquella doncella de Nazaret fue mayúscula. El dilema de estar embarazada sin estar casada, aunque el Hijo que esperara fuera de Dios, no puede ser entendido hoy en día por la razón y la mentalidad de nuestro tiempo. Entonces podría provocar un verdadero escándalo en aquella Galilea del siglo primero. Una vergüenza. La pena por adulterio era la muerte por lapidación.

Verán ustedes, que yo particularmente entiendo que en esta sociedad aconfesional y en muchos casos atea y recelosa de la Iglesia, no se puede legislar ni mucho menos a golpe de Catecismo. Y también comprendo que es necesario que se aprueben leyes que regulen o limiten, y considero que lo que yo no esté dispuesto a hacer no significa que otro no lo pueda, no lo deba o no lo vaya a hacer. Lo que no entiendo, lo que no puedo llegar a entender por mucho que me

---

3 «Magnificat» (Lc 1, 46-55)

esfuerce, es el discurso de muchos cofrades. Si somos cofrades. Si lo somos realmente.

¿Qué hubiera pasado si María hubiera decidido abortar? Porque el aborto es tan antiguo como la misma vida, y perdonen la contradicción. ¿Qué hubiera pasado si hubiera acabado con la vida de quien se desarrollaba en su seno? Al fin y al cabo Ella era la mujer. No tenía por qué haber tenido en cuenta la opinión del hombre, aunque en este caso el bebé que llevaba en su vientre era fruto del Espíritu. Es lo que ahora tanto se dice y tanto se escucha al hablar de supuestos derechos y olvidando los verdaderos y más sagrados. LA VIDA.

¿Qué hubiera pasado si esta joven, aún adolescente, hubiera abortado? Pues yo les diría a esos cofrades que, con seguridad, y para empezar, no habría Semana Santa. Pero eso sería lo de menos. El mundo no sería el mundo que conocemos porque hubiera faltado su piedra angular y no se hubiera producido la Redención definitiva de los hombres. No habría habido cruz para vencer a la muerte. Porque María era la mujer elegida para ser la Santa Madre de Dios. Porque era Ella o no era nadie. Y no es que no tuviera otra opción, por eso mismo, porque María gozaba de libertad, como cualquiera de nosotros. Es que Ella creyó y no se dejó cegar por las dificultades del presente. Su amplitud de miras se basó en su fe.

Y como había nacido Pura y Limpia, Dios quiso preservarla antes, durante y después. “Como un rayo de sol traspasa un cristal, sin romperlo ni mancharlo”, Jesús salió del seno de María. Éste es el milagro. Éste es el misterio. “El Poderoso ha hecho obras grandes en mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles, de generación en generación”<sup>4</sup>. Por ello es la Siempre Virgen. La Santa Virgen de las Vírgenes.

---

4 «Magnificat» (Lc 1, 46-55)

## MARÍA, LA MUJER DEL GÉNESIS

**E**stablezco enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje, él te aplastará la cabeza”. Desde ese mismo momento, en el jardín del Edén, Dios ya tenía un plan para los hombres. Estas palabras tienen un contenido poético, sentencioso y están expresadas con toda la solemnidad posible. Ni más ni menos salen de boca del Creador. Es un texto que de por sí, contiene toda la fuerza y vigor de la acción salvífica de Dios en la cual proféticamente, están presentes los dos personajes inseparables: Jesucristo y Santa María, su Madre.

Los hombres nos hemos empeñado siempre, desde el Génesis, en darle la espalda a las oportunidades que el Señor nos ofrece. Y todo porque no nos terminamos de fiar de Él. Porque puede resultar más cómodo, menos comprometido, ajustarnos a nuestro propio programa de vida. Dios permite que nos equivoquemos en nuestras decisiones y siempre nos aporta una alternativa a nuestra desobediencia. Por culpa de Adán y Eva, o mejor dicho, gracias a ellos, los cristianos contamos con un referente mayúsculo: María, la Virgen Sagrada, la llamada a pisar la cabeza de la serpiente con su talón. La predestinada a nacer sin mácula: la Purísima.

La llegada de Nuestra Señora, y con ella, del Mesías, ya se intuye en el primero de los libros del Antiguo Testamento. Si la mujer del paraíso cae en la tentación y en el pecado, María llegará a este mundo sin la señal original que nos marca, a cada uno de nosotros, hasta el momento del bautizo. Por eso es ahí cuando nacemos para la Iglesia. Si Eva es la mujer seducida, vencida, sumida en la tristeza y con la carga terrible de haber sido la introductora del pecado y la muerte en el mundo; María es la mujer triunfante, la Victoria, digna de veneración, la Madre Admirable, Espejo de Justicia y Causa de nuestra Alegría.

Recurramos de nuevo a la Historia del Arte, a la pintura. Pensemos en los cuadros de Murillo o Tiepolo. En ellos la Virgen aparece como la visión apocalíptica de San Juan: Vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona

de doce estrellas sobre su cabeza. Vestida de sol porque es una Iglesia de luz y no de tinieblas, nunca lo olvidemos, a pesar de los últimos episodios oscuros y repugnantes que tanto nos avergüenzan. Aplasta la tentación con sus plantas y lo hace con suma decisión. A través de su unigénito. En su sencillez, es una Virgen Poderosa.

Ya en esas representaciones pictóricas del Barroco, ese estilo al que tanto debemos y en el que aún bebemos y que nunca nos falte, Ella aparece envuelta en un manto azul. El cielo parece cubrirla. Inmensidad, imprevisión, profundidad... Azul también como el mar que baña nuestra bahía, con olas que se arman y se derrumban para volver a armarse con restos de olas anteriores: idénticas. Juegan a ver cuál llega antes a romper en la orilla. Y que nos sonría, a lo lejos, con dientes de espuma y labios de luna.

El color tiene un claro componente psicológico, y el azul nos hace sentir tranquilos y protegidos. Seguros ante el alboroto. También es el color de la fe, la verdad y la eternidad. Del conocimiento, del entendimiento y de la integridad. Está en el cielo y está en la mar, pero también está en los diccionarios y en el ajuar de los bebés que los padres preparan, con todo el amor y la ilusión del mundo, cuando saben que esperan un niño. Está en la camiseta y el escudo del equipo que nos hace tocar el cielo con los dedos o bajar a los infiernos futbolísticos cada domingo. Está en el estuche de lápices de Paz, el azul blue con el que pinta el vestido de la Cenicienta, Blancanieves o la Bella Durmiente. Y en las cosas cotidianas, en aquello que nos rodea, en las señales de tráfico, en los contenedores de papel reciclado, en el SARE, donde hay que pagar por aparcar, en los autobuses de la EMT, en los vaqueros que usamos a diario o en los trajes para asistir a nuestros cultos de regla o en la corbata que elegimos para dar este pregón. Está en la casulla de los curas, cuando lo dicta la liturgia, en mi hábito nazareno de Mediadora o en el palio de la Virgen de la Paz... y hasta en el nuevo doble check del whatsapp que tanto estrés nos provoca o en la revolucionaria tónica de nuestro gin tonic, al que últimamente echamos tantas mijillas.

Y también está en nuestras banderas concepcionistas, que enarbolamos entre las filas de nazarenos sin vacilar, como signo de que creemos en lo que

creemos y que defendemos lo que estamos dispuestos a defender a toda costa: Bendita sea tu pureza, y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en tan graciosa Belleza. Ella, la Celestial Princesa, es la nueva Eva, encargada de abrir un nuevo horizonte de Esperanza.

El castigo a la primera mujer tras probar del fruto prohibido ha llegado hasta nuestros días a pesar incluso del invento de la epidural. “Con dolor darás a luz a los hijos”<sup>5</sup>. Es una de las frases del Pentateuco. Una de las grandes frases. La sanción heredada por todas las mujeres, tras conocer la existencia de su desnudez y sexualidad. Un mandato divino, fatídico, que ha traspasado los límites fisiológicos y que ha impactado de lleno en la cultura occidental, ahondando en el ideario colectivo y formando parte del lenguaje coloquial. “¡Esto es un parto!”, exclamamos para referirnos a alguna situación difícil y dolorosa por la que a menudo atravesamos.

Pero la Virgen es una maravilla de criatura. Ella vino para ser la Madre de Dios y como nació sin la mácula del pecado original, “ni en la concepción se alejó de ti el pudor, ni en tu alumbramiento se hizo presente el dolor”<sup>6</sup>. Lo dice San Agustín, doctor de la Iglesia. Y si lo dice San Agustín... Yo me lo creo, que se note en algo mi pasado académico agustiniano. En realidad, no existe dogma al respecto. Pero me resulta de una lógica aplastante. Si la Virgen María fue preservada del pecado original y jamás pecó, por eso es la Pura y Limpia, congruentemente no tendría dolores de parto ya que estos, como nos dice el Génesis, son consecuencia del pecado inspirado por la serpiente.

Sin embargo, pasemos del Antiguo al Nuevo Testamento, al Evangelio de Lucas, que sin ser mi sinóptico favorito, aquí es preciso y nos viene bien para aclarar ideas. En él figura expresamente, y lo recordaremos de nuevo esta ya inminente Navidad, que “María dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre”<sup>7</sup>. Estos actos normalmente ocurren

---

5 Génesis 3:16 (NBLH)

6 San Agustín: Sermón De Nativitate

7 Lucas 2, 7

inmediatamente después del nacimiento y es difícil que la Virgen pudiese hacerlo si hubiese sufrido los dolores y la debilidad normales de un parto. Os lo pregunto a vosotras, mujeres que sois madres. ¿Es posible?

Yo confieso que tras vivir la maravillosa experiencia del nacimiento de mi hija Paz descubrí que estáis hechas de otra pasta. Básicamente que nos dais mil vueltas a los hombres, que en muchos casos no podríamos soportar una mínima contracción, aunque algunos se crean los únicos capaces de aguantar el peso del varal...

En circunstancias normales, y pese a las comodidades que ofrecen las modernas instalaciones sanitarias del siglo XXI, la hora del parto es dura aunque ésta sea una horita corta. Imaginen entonces qué pudo producirse en aquella gruta de Belén, sin más matrón que su esposo San José, seguro que más nervioso que su mujer. Pero convencidos de que, como ya les decía, Cristo nació “como la luz traspasa el cristal”. Por eso María es la Siempre Virgen: antes, durante y después del parto. Si bien el dogma no define que María Santísima diese a luz sin dolor, se puede deducir que al ser un parto virginal, dejó su cuerpo intacto. Santo Tomás reflexiona mucho sobre este aspecto en su Summa Teológica.

María de Nazaret es la Llena de Gracia, el Poderoso obró maravillas en Ella. Goza del favor de Dios, por eso es la predestinada. Su grandeza no puede ser encerrada ni secuestrada en un despacho. Quizás el de la Inmaculada sea el dogma mariano más complejo de justificar bíblicamente y más difícil de entender por los hermanos no católicos. Pero para eso está el don de la fe. Y yo particularmente doy infinitas gracias.

## MARÍA, MADRE DE CRISTO

**L**os cofrades andaluces nunca lo hemos dudado y en el Barroco eran hasta capaces de defender la pureza de María con su sangre, si fuera preciso. El próximo año 2015, precisamente, se conmemora el cuarto centenario de la proclamación del Voto Concepcionista. Porque las cofradías de penitencia, radicadas y enraizadas en esta tierra andaluza de María Santísima, siempre han tenido presente que esa niña que creció sin mancha en el vientre de su madre Santa Ana era vida para la Vida. E iba a ser la Madre de Cristo, al que educó en la tierra para que cumpliera su misión redentora asignada en el Cielo.

La joven doncella de Nazaret asumía convertirse en la Madre del Hijo del Altísimo y, a la vez, aceptaba una espada de dolor que atravesaba su pecho, y que le iba a acompañar a lo largo de toda su existencia. Ella, como sabemos, desde la adoración de los pastores en el portal de Belén, “conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón”<sup>8</sup>.

“María es la mujer de fe, que acogió a Dios en su interior, en sus proyectos, en su cuerpo y en su experiencia de esposa y Madre. Es la creyente capaz de captar en el insólito nacimiento del Hijo la llegada de la “plenitud de los tiempos”<sup>9</sup>, en la que Dios, eligiendo los caminos sencillos de la existencia humana, decidió comprometerse personalmente en la obra de la Salvación. La fe lleva a la Virgen Santísima a recorrer sendas desconocidas e imprevisibles, conservando todo en su corazón, es decir, en la intimidad de su espíritu, para responder con renovada adhesión a Dios y a su designio de amor”<sup>10</sup>.

El culto a la Virgen se ha consagrado como el eje referencial al que se ha trasladado el sentido de la Semana Santa. Ella es la confluencia de la religiosidad popular, que la quiere hermosa, única, en todo su esplendor, como si así se le atenuara su maternal aflicción. Porque la que vemos sollozante y

---

8 Lucas 2, 19

9 Ga 4, 4

10 Beato Juan Pablo II

ahogada en lágrimas, no lo olvidemos, y nuestra archicofradía bien lo sabe, es la misma Inmaculada Concepción, la misma Virgen Pura, la misma elegida, que por su fe inquebrantable y fiel, aceptó ser templo del Espíritu Santo y a la vez también fue capaz de soportar el tormento durante la Pasión y Muerte de su Hijo.

Y por eso la coronamos con la más alta distinción que la Iglesia concede, desde hace siglos, a las imágenes marianas que gozan de devoción mayoritaria y recordamos, con la memoria y el corazón, las páginas más gloriosas escritas en la historia trinitaria aquel 21 de octubre de hace ya 14 años, cuando a la hora del ángelus se iniciaba la solemne eucaristía en el Primer Templo y Ella, radiante y en majestad aún sin corona, presidía el baldaquino catedralicio. Ella, la más bella flor de las flores de la Trinidad, recibió a los sonos del Mesías el símbolo del amor profundo de sus hijos, más que como fin, como medio para extender aún más su conocimiento y fervor, y como experiencia cofrade, de unión, complicidad y fraternidad, añorada y nunca más vivida desde entonces. Prendidos en ese instante. Señora del Alba: Trinidad por ti y solo por ti, tantas y tantas cosas.

“Estaba abierto el cielo y mi hijo en mis brazos, tan indefenso y tibio y aterido y fragante, que lo sentí una obra sólo mía, victoria de un cuerpo paso a paso ofrecido a su cuerpo. Lo envolví con mi aliento y él tuvo el soplo tibio en el que una paloma se sostenía en vuelo”<sup>11</sup>. Su regazo en Belén, que anhelamos en este recién inaugurado Adviento, es ahora un grueso cordón que lo maniatada en el Pretorio y en el Calvario es la cruz que acuna al Redentor, de dulce semblante tras la agonía. De delicada anatomía y soberana actitud. Abre sus brazos y en ellos agrupa a la Humanidad entera, porque por ella se ha hecho Cautivo, se ha sometido a los golpes, a las burlas, a los interrogatorios ignominiosos y a la condena que le ha llevado al Gólgota, donde ahora reposa al atravesar el dintel de San Juan. Y calla el pueblo en una conmoción infinita, de culpa llena.

La ciudad ha despertado de una noche corta aunque brillante, y amanece plomizo el Viernes Santo, indefectiblemente, desafiando a las cabañuelas. Cae

---

<sup>11</sup> ATENCIA, MARÍA VICTORIA, *Trances de Nuestra Señora*, 1986.

como una losa sobre el palpitar cofrade. Se presiente una tragedia ya anunciada en la Pasión vivida durante la semana superada. Y Málaga guarda un respetuoso silencio, aunque sabe, en realidad, que Cristo no va muerto, sino dormido en el madero.

Meditación. Que nos sirva de ejemplo una vez más la Virgen. Reflexión del Amor inigualable, del desprendimiento absoluto, de dar hasta la vida, el propio ser, por la Redención del género humano, que parece que necesita, continuamente, que le recuerden el sentido de tal sacrificio. El cuerpo de Cristo es pan de vida. Divina Majestad que pierde el aliento y se ofrece por todos. Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

De negro ruán revestimos nuestra penitencia. Nazarenos de orden y rectitud. Nos ceñimos de esparto, nos tocamos con esbelto capirote, tomamos nuestro cirio y mientras rezamos sin musitar palabra, encaminamos nuestros pasos hacia la Catedral para adorar la Cruz, un instrumento del martirio convertido en el estandarte de la Salvación. Hasta el pentagrama se viste de luto para crear el ambiente propicio.

Y Ella, la devoción ininterrumpida de siglos, tanto en el culto interno como en el externo, bajo palio de airosa crestería, da cada paso de memoria porque no necesita tambor que marque el ritmo. Y llora la Virgen de los Dolores. Llora perlas. Llora en el Patio de los Naranjos y en la plaza del Obispo. Y regresando por San Juan, también llora, mientras una saeta al Señor recorta el aire y cala en el sentido, aunque el alma se quede helada en cada rincón de su itinerario.

Con sumo gusto, con fragilidad extrema, manos con un sentido artístico superior, y que en la próxima Cuaresma pregonarán nuestra Semana Santa, han vestido a la Señora según la tradición más exquisita. La han arreglado con esmero, de rico terciopelo bordado, de finas blondas que enmarcan su sollozo, de los más nobles metales repujados... Abrazan con una saya su cintura, abrigan su espalda con manto interminable y nimban su cabeza con la corona más digna de su perpetua majestad.

Viene perfumada por el incienso, escoltada por el clavel más clásico y bien puesto de su pureza, e iluminada por una danza asimétrica de pabilos abrasados por el fuego, perfectamente alineados en la vertical absoluta, barniz de Gloria para un semblante que, de reojo, intuye que no estamos ante el final, ni mucho menos. Que esto no es más que el principio. Y que esos Dolores padecidos tendrán una pronta y generosa recompensa.

“Virgen de los Dolores, Madre del Redentor. Atiende a tus fieles hijos, dales vuestra bendición”.

De ahora en adelante, nada volverá a ser lo mismo. Con Ella se queda el Dolor para iniciar un camino de gozo y de alegría.

Muchas gracias.

*Este pregón de la Pura y Limpia Concepción de Santa María  
se terminó de escribir el 22 de noviembre de 2014,  
festividad de Santa Cecilia, patrona de la música,  
vispera de la Solemnidad de Cristo Rey  
y a pocas horas de que Jesús Cautivo volviera a llevarse a la gente de calle,  
como Señor indiscutible de Málaga.*